

Rafael Squirru, "Greco", Alberto Greco. Seis serigrafías, Buenos Aires, Museo de Arte Moderno, 1960

"Para Dios, todas las cosas son bellas, buenas y justas...", dice Heráclito, y acota su comentarista Fernando Demaría: "No solamente porque existen, sino porque los términos de todo antagonismo se revelan idénticos en el curso del devenir". No solamente, pero sí fundamentalmente "porque existen", en esa dramática, trágica existencia del devenir, existen "en" el devenir. Como el fuego, parangón supremo de la divinidad; lo que existió a un tiempo es y no es, nace y se destruye, se construye y se descompone. Es en este aspecto de la descomposición de la materia, que es algo como decir de descomposición del espíritu, donde se ubica el arte de Alberto Greco. Descomposición, pecado, dolor son las adjetivaciones físicas, morales y poéticas que convienen al arte de este notable pintor que ha surgido como una flor de barrio en la conciencia perpleja de nuestro ser colectivo más profundo. Greco nos muestra caídos, nos arranca la máscara de complacencia con que intentamos disimular nuestra condición finita, y con gesto palpitante exhibe ante nuestros ojos los gusanos que se disputan nuestro ser limitado por la culpa, pero si su grito es trágico y desgarrante, no es desesperanzado. Con gozo difícil de explicar en términos dialécticos, Greco nos dice: "Toda esta tiniebla también tiene su belleza. El sabio también escucha a Satanás y aprende de él". Con Milton y Dante explora las fuerzas tenebrosas y les arranca destellos de una dimensión sublime, la belleza del fin podría ser una buena descripción de la aventura espiritual de uno de los jefes indiscutidos del informalismo entre nosotros; belleza del fin que quizá pudiera transponerse a sublimación del mal, fenómeno de corte kierkegaardiano en el sentido de salto del plano estético al metafísico por vía del arrepentimiento. El hombre se asume, optándose en cada instancia de su decisión. Y a medida que se asume, se hace lo que es, y el hombre sufre porque su condición es sufriente, y es sufriente porque el hombre peca y tiene conciencia de su pecado. ¿Y en qué consiste esta conciencia? La conciencia del pecado es la conciencia de la desintegración a un orden superior en la cual el hombre percibe su condición separativa y, por ende, integrable. La felicidad no es otra cosa que la conciencia de integración; tan sólo que la

condición humana se da "en la lucha", en el combate permanente de las opciones, en un permanente asumirse tal cual se es, en su ser más auténtico, en su más íntima vocación. El hombre busca integrarse en su yo inmediato a través de sus sensaciones, para descubrir que éstas le oponen la barrera infranqueable de su limitación. El sexo, en cuanto sensación, le provee cierto tipo de integración pasajera y se lo persigue en calidad de refugio, pero tratase de un refugio breve donde la experiencia se agota pronto en profundidad, llevando insensiblemente al escape fácil de la variedad que bien puede aumentar la desintegración inicial. Y es entonces cuando el hombre se arrepiente, esto es, toma conciencia de distancia, y da el salto; se asume como lo quiera Kierkegaard en su "yo poético", y busca la experiencia trascendente en vez de la inmediata, la experiencia que le brinda el mundo de la esencialidad, dada como existencia por su condición existencial, pero percibida en un trasfondo de eternidad. La pintura eminentemente "existencialista" de Greco plantea un mundo de consideraciones estéticas y, por tanto, éticas. La victoria exige un derrotado, y Greco se derrota para posibilitar su victoria y la nuestra. Greco muere y se desintegra para nacer; Greco se vuelve oruga para que nazca una mariposa. Este gran fracaso de las paredes que se derrumban, de los fierros enmohecidos, de las almas caídas, del "amigo traicionado", se levanta como un gran grito de dolor en la mancha de Greco y se eleva dignificado en su conciencia de grito humano al trono augusto de la belleza. En su dolor, Greco eleva un himno tenebroso que nos predispone al gran salto; desde la sombra, Alberto Greco da testimonio de la luz.